

LAS COSTUMBRES ALIMENTARIAS

EN *UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES* DE LUCIO V. MANSILLA

EDUARDO A. CARTOCCIO

I. INTRODUCCIÓN DE LA ORGANIZACIÓN DE LA ALIMENTACIÓN DE LA NACIÓN

El objetivo de este trabajo es analizar el funcionamiento discursivo del tema de la alimentación dentro de las estrategias discursivas y, particularmente, argumentativas, que se dan en *Una excursión a los indios ranqueles*, del escritor argentino Lucio V. Mansilla (Buenos Aires, 23 de diciembre de 1831 - París, 8 de octubre de 1913). En este sentido partimos de la coincidencia con Julio Ramos, en cuanto a que la visión general que aparece representada en la obra responde al proyecto de integración del indio dentro de un capitalismo criollo de carácter paternalista, fiel en última instancia a la hegemonía establecida. La preocupación de fondo, en definitiva, es la relación entre la “cuestión del indio” y la organización nacional (Ramos 1986). De acuerdo a este supuesto global, orientamos nuestra investigación en dirección a dar respuesta a la pregunta: ¿cuál es la relación que se entabla en *Una excursión...* entre el tema de las costumbres alimentarias y el problema de la organización nacional?

Sostenemos la hipótesis de que el tema de las costumbres alimentarias de los indios ranqueles, que poblaban la provincia de Buenos Aires en el siglo XIX, va a ser un medio específico de evaluación que toma el narrador para juzgar la capacidad de los indígenas para adaptarse a la civilización. Dentro de la temática general de los hábitos culturales, que son permanentemente juzgados de modo valorativo por el narrador, los hábitos alimentarios serán uno de los más tratados en las narraciones,

descripciones y argumentaciones que despliega la obra. Podemos esquematizar la relación entre hábitos alimentarios y organización de la nación, a través de los siguientes aspectos que pueden distinguirse en el texto: 1º) descripción y narración de las situaciones de alimentación, menús, modales, utensilios, ambientes; 2º) distintas formas de comentario, evaluación y enjuiciamiento del narrador de aquellos actos que describe y narra, comparaciones, cuestiones de gusto, refinamiento, etc. Aquí a las distintas variantes del juicio estético, también se suman otras dimensiones valorativas (la moral, la aptitud para el trabajo); 3º) remisión de los juicios y evaluaciones al tópico más general de la célebre disyuntiva entre *civilización y barbarie*, enunciada por Domingo F. Sarmiento, ya que de lo que se trata es de argumentar la necesidad de la integración pacífica del indio a la nación argentina, de acuerdo a su capacidad para adaptarse a la civilización. El punto de vista de nuestro trabajo radica en la posibilidad de dar cuenta de las estrategias discursivas a través de las cuales se representa este enfoque.

2. EL JUICIO DE LA CIVILIZACIÓN

Creemos que se deben tomar en cuenta los dos sentidos de la palabra “juicio” en el texto de Mansilla. Por un lado, el acto de enunciación que relaciona un sujeto con un atributo. Por otro, el desarrollo de un proceso judicial, con las acusaciones, la defensa, las pruebas en uno y otro sentido y, finalmente, el veredicto. En el primer caso, tenemos a un enunciador que no deja de emitir sus juicios acerca de las prácticas, los comportamientos, los hábitos y costumbres de los ranqueles. Y la vez, estos juicios particulares van enlazados a un proceso general en el que se trata de dictaminar si los ranqueles son aptos o no para integrarse a la civilización moderna, regida por las normas de trabajo capitalista.

Consideramos que este es el marco en el que se desarrolla el tratamiento discursivo de las costumbres alimentarias en el texto de *Una excursión...*, trataremos de abordar este “juicio de la civilización” en tres aspectos que atañen a la relación con las situaciones alimentarias: a) lo que denominamos “el orden de la descripción” y referimos al modo de relatar y describir las situaciones de comida en los toldos; b) “la medida de las comparaciones”, en donde analizamos el modo en que se entablan las comparaciones entre las pautas civilizadas legítimas o legitimadas por el enunciador y las pautas de los indígenas; y c) la representación discursiva del problema de las necesidades generadas entre los indios por la introducción de artículos de consumo provenientes de la civilización, como el vino, el aguardiente, la yerba mate, el azúcar o el tabaco.

2.1 *El orden de la descripción*

Hay dos ámbitos donde se muestran las prácticas alimentarias: el fogón de los soldados y los toldos de los indios. Del fogón dirá Mansilla que:

(...) es la delicia del pobre soldado, después de la fatiga. Alrededor de sus resplandores desaparecen las jerarquías militares. Jefes, superiores y oficiales subalternos conversan fraternalmente y ríen a sus anchas. Y hasta los asistentes que cocinan el puchero y el asado, y los que ceban el mate, meten, de vez en cuando, su cucharada en la charla general, apoyando o contradiciendo a sus jefes y oficiales, diciendo alguna agudeza o alguna patochada (págs. 20-21).

Las descripciones de los hábitos alimentarios del fogón, es decir, la comida de campamento de los soldados, son más bien rápidas y no están puestas en el centro del relato. Asados, pucheros, charqui, mate de yerba y mate de café, todo cocinado y dispuesto rápidamente. Lo que importa es el espacio del fogón como ámbito propicio de recreación de una memoria a través de los relatos que se cuentan allí. Aparecen aquí los relatos de personajes singulares de la guerra del Paraguay contados por Mansilla y, fundamentalmente, el testimonio en primera persona de las historias de vida de los gauchos refugiados en los toldos a quienes Mansilla les cede la palabra.

¿Qué temas aparecen en el fogón? Los que hacen a una memoria nacional y a una vindicación de figuras sociales recuperables para el proyecto de organización nacional. Así el fogón es un espacio de integración simbólica y los símbolos que se construyen allí son fundamentalmente los de la nación. En el fogón, la alimentación aparece al mismo tiempo como momento de descanso y recreación, el medio fundamental de la actividad de recreación es la conversación y, dentro de ésta, el desarrollo de formas de narración donde Mansilla aprovechará este espacio ritual, para representar una memoria, una simbología y tal vez un mito de la nación emergente.

Pero aquello que se omite en el fogón, la descripción detallada de los hábitos alimentarios, se explicita y se focaliza en las comidas que transcurren en los toldos. Aquí se está ante lo Otro, lo distinto, y Mansilla, quien declara hacer esta excursión para conocer esta otra realidad, debe dar detallada cuenta de lo que observa.

Si en el fogón el momento de la comida es el momento del relato oral, en la toldearía va a ser el momento de observación y la descripción. ¿Qué observa el narrador en las situaciones de comidas que relata? Es importante señalar que cumple con un cierto orden “protocolar” de descripción. Primero describirá el lugar al que se aproxima, por ejemplo, el toldo de Mariano Rosas, cacique mayor de todos los ranqueles, luego procede a una descripción detallada del toldo, después describe los utensilios, vasos, platos y trapos que se utilizan, y luego detalla la composición del menú.

Tiene en cuenta el grado de limpieza y de orden del toldo, el modo en que sus habitantes se organizan en las actividades preparatorias del banquete, describe la población del toldo con las esposas chinas (indias), cautivas, hijos. Así, en el toldo de Mariano Rosas hay platos de madera “hechos por los mismos indios”, cucharas y tenedores de madera, de hierro, de plata, cuchillos comunes, trapos (como servilletas), vasos, jarros y chambaos (jarritos de aspa). En el toldo de Epumer mencionará los platos de loza, cubiertos y mantel.

Algunos de los menús que se describen en las comidas en los toldos son variados: en el toldo de Mariano Rosas (139), carne cocida y caldo aderezado con cebolla, ají y harina de maíz, asado de vaca; de postre: algarroba pisada, maíz tostado y molido; la comida es acompañada con agua; y en sesión aparte, luego de la comida, vino y aguardiente. En el toldo de Epumer (325): pasteles a la criolla, carbonada con zapallo y choclo, asado de cordero y de vaca, puchero, tortas al rescoldo (como pan) y de postre: miel de avispas, queso y maíz frito pisado con algarroba.

Refiriéndose a la obra de Mansilla en general, el crítico argentino David Viñas escribe:

En las descripciones, el aprendizaje hecho en el realismo, en el naturalismo incluso, lo llevará a un acercamiento, a una suerte de cuerpo a cuerpo donde el sudor de las manos, la forma de los lacrimales, el perfume, la textura de las paredes y hasta las inscripciones descubiertas bajo el empapelado pondrán de manifiesto, por un lado, el gusto por los primérísimos planos y lo microscópico como concomitante del cientificismo; pero, por otro, una serie de movimientos narrativos que facilitan y justifican su íntima compenetración con un público circunscripto y familiar (Viñas 1975:28).

Aparece aquí la relación entre la forma de describir y ciertas corrientes literarias (realismo, naturalismo), pero también se hace alusión al “cientificismo” del narrador. Nos resulta útil entonces recurrir a un planteo positivista de la época, de un autor que Mansilla conocía, Hipólito Taine, como vía heurística y de comparación con el texto que analizamos. Taine concebía las obras de la cultura como determinadas por la interacción del medio como la geografía o el clima; la raza, que se ha formado en interacción con ese medio a lo largo del tiempo y la época histórica, sus instituciones y costumbres. Y proponía una forma de llegar a conocer al sujeto activo productor de la cultura que tenía en cuenta los siguientes aspectos:

Miráis su casa, sus muebles y su vestido: así dais con las huellas de sus costumbres y de sus gustos, el grado de su elegancia o de su rusticidad, de su generosidad o de su economía, de su torpeza o de su finura. Escucháis su conversación y notáis sus inflexiones de voz, sus cambios de actitud; así juzgáis de su elocuencia, de su abandono y alegría, o de su energía y rigidez. Consideráis sus escritos, sus obras de arte, sus empresas mercantiles o políticas: así medís el alcance y los límites de su inteligencia, de su inventiva y de su sangre fría, y descubris cuál es el orden, la especie y la potencia habitual de sus ideas, de qué manera piensa y decide (Taine 1963:30-31).

Este tipo de observación que propone Taine es similar a la que materializa Mansilla en sus descripciones, y creemos que el parecido no es casualidad: la mirada positivista del texto de la *Excursión* evalúa al “sujeto indígena” y mide sus capacidades permanentemente. Las descripciones son un medio de prueba para la tesis de que los indios son una raza apta para la civilización, como dice Mansilla en el epílogo, tienen una función argumentativa y, en vista de ello, articulan el supuesto positivista de que

se puede medir la aptitud de una raza a través de variados aspectos de sus costumbres que funcionan como índices objetivos.

De manera que no es casual que el narrador abunde en el detalle de la descripción de las costumbres alimentarias, ya que en los detalles más finos se encuentran los atributos de la barbarie o las predisposiciones a la civilización. En todo caso, el juicio siempre es favorable con respecto a la calidad de los modales de los indios, y el narrador, ya desde antes de su primera comida en un toldo de Leubucó, muestra su opinión acerca de esto:

Yo estaba contrariadísimo [de que se hubieran mojado las cargas de alimentos]; ya sabía por experiencia cuán delicado es el paladar de los indios, pues muchísimas veces se sentaron a mi mesa en el Río Cuarto, teniendo ocasión al mismo tiempo, de admirar la destreza con que esgrimían los utensilios gastronómicos, la cuchara y el tenedor; lo bien que manejaban la punta del mantel para limpiarse la boca, el perfecto equilibrio con que llevaban la copa rebosando de vino a los labios (102).

2.2 *La medida de la civilización*

Es interesante observar como *Una excursión a los indios ranqueles* se abre precisamente con una enumeración gastronómica, no exenta a nuestro juicio de rasgos comparativos, donde se despliegan una serie de identificaciones culturales. Dice el narrador, dirigiéndose a su interlocutor Santiago Arcos:

(...) y no pierdo la esperanza de comer contigo, a la sombra de un viejo y carcomido algarrobo, o entre las pajas al borde de una laguna, o en la costa de un arroyo, un *churrasco* de guanaco, o de gama, o de yegua, o de gato montés, o una *picana* de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la más sabrosa (1).

A continuación:

(...) [después de] haber comido *mazamorra* en el Río de la Plata, *charquicán* en Chile, ostras en Nueva York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Périgord, *chipá* en la Asunción, recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en *Nagüel Mapo*, que quiere decir “Lugar del Tigre” (1-2).

Esta enumeración comporta una comparación entre las distintas experiencias gastronómicas en la que, en principio, los distintos términos aparecen en un plano de igualdad. La enumeración pone a su vez a los interlocutores en la posición de personajes cosmopolitas, que saben tanto de las realidades internacionales, como las que corresponden al territorio de nuestras naciones latinoamericanas. En estos pasajes es la situación de interlocución, la interpelación en términos de un cosmopolitismo compartido entre el narrador y su destinatario explícito, la que permite fijar una posición y un modo de tratamiento de aquello de lo que se va a hablar. Lo importante es la representación de símbolos que están a ambos lados de la civilización. Las co-

midas que tienen que ver con lo salvaje y, por lo tanto, con la conquista de la naturaleza a través de la cacería, como las que se mencionan en la primera cita; las que tienen que ver con lo local sudamericano, pero que puede contener cierto exotismo para una dieta ciudadana como la de la clase alta de Buenos Aires, como son el chipá o el charquicán, que junto con la más familiar mazamorra están escritos en cursivas, como marca lingüística institucionalizada de la diferencia que aquí el autor respeta; finalmente, tenemos las ostras y las trufas, comidas que hacen referencia a importantes capitales de la civilización.

“¡Lucio, después de París, la Asunción! Yo digo: -Santiago, después de una tortilla de huevos de gallina frescos, en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre el cacique Baigorrita” (3).

Aquí ya hay un orden: primero París, después la Asunción, o el Club del Progreso y luego el toldo de Baigorrita. Empieza a funcionar la vara de la civilización para medir las costumbres de los indios, y esta medición se va a desarrollar fundamentalmente a través de las comparaciones. Los indios se dedican a la bebida luego de comer, esta práctica, según el narrador, sigue ciertas reglas “se inicia con una *yapaí*, que es lo mismo que si dijéramos: *the pleasure of a glass of wine with you?*, para que vean los de la colonia inglesa que en algo se parecen a los ranqueles” (141). Luego procede a comparar a su vez con el modo en que “nosotros” —la clase social con que se identifica el narrador y con la cual identifica a sus lectores— brindamos. Y al cabo de estas dos comparaciones, con referencias a la cultura inglesa y la porteña, enuncia otra comparación más, esta vez, referida a las formas francesas: “bebe primero el que invitó, hasta poder hacer lo que los franceses llaman *goute en l'ongle*, es decir, hasta que no queda una gota”. El universo de las referencias legítimas queda establecido en pocos párrafos, y la práctica que se está describiendo queda validada a través de estas sucesivas comparaciones.

Comparación de carácter etnocéntrico que es una de las estrategias adecuadas para llevar a cabo el “juicio de la civilización”, ya que puede verse como, desde el punto de vista de un juicio lógico, la civilización europea da la regla general, la cultura de los ranqueles constituye el caso particular, y el enunciador se encuentra en la tarea de encontrar el modo de subsunción de lo particular a lo general.

2.3 *Vino, aguardiente, yerba, tabaco, azúcar: las necesidades del indio*

Frente a otros discursos que invocan permanentemente el carácter salvaje, indómito y agresivo innato del indio como Santiago Arcos, diez años antes, o José Hernández, en el pasaje de Fierro por las tolderías dos años después, Mansilla va a representar al indio como necesitado, débil en un sentido social y no individual y sobre todo *carente*. Con respecto al tema de la alimentación, el enfoque mencionado estará presente en la construcción de dos fuertes y recurrentes imágenes presentes en el texto: el indio pedigueño

y el indio ebrio participando en bacanales alcohólicas. Indios acercando desmañadamente su humanidad para pedir “achúcar, achúcar”, o “una yegua gorda para comer” o reclamando aguardiente; o indios revolcándose de ebriedad luego de las tantas situaciones de “orgías etílicas” descriptas o mencionadas al pasar. Estas imágenes, a su vez, van a estar asociadas a determinados productos provenientes de la civilización e incorporados en el consumo de los indios: bebidas alcohólicas, las más mencionadas en el texto son el aguardiente y el vino; el tabaco, el azúcar, la yerba.

En cuanto a la imagen del indio pedigüño, en un pasaje inicial Mansilla dirá: “los indios viven entre los cristianos fingiendo pobreza y necesidades, pidiendo todos los días; y con los mismos preámbulos y ceremonias piden una ración de sal, que un poncho fino o un par de espuelas”. Luego dará más detalles del modo de pedir de los indios:

Un indio cuando va de visita con el objeto de pedir algo, no descubre su pensamiento a dos tirones. (...) Primero pedirá yerba. ¿Se la dan? Pedirá azúcar. ¿Se la dan? Pedirá tabaco. ¿Se lo dan? Pedirá papel. Y mientras le vayan concediendo o dando, irá pidiendo, y habrá pedido lo que fue buscando, que era aguardiente. El golpe de gracia viene entonces, pide por fin lo que más le interesa y si no le niegan contestará: no dando lo más; pero dando aguardiente (114-115).

En el epílogo, en boca de Mariano Rosas, aparecerá la frase, que cierra una explicación acerca de la relación del indio con las necesidades que ha creado en ellos la civilización: “[los cristianos] nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni a trabajar, ni nos han hecho conocer a su Dios”. Se trataría de un cuerpo (el del indígena) que toma contacto con la civilización a través de los placeres, pero al que debe inculcársele, a la vez, los rigores necesarios para alcanzar esos placeres de manera socialmente correcta.

Las necesidades son, entonces, estigma de la exclusión, marca de una relación desigual e inevitable con la civilización. Quizá podamos ver en este tema un paralelo en el texto con la figura de “los padrecitos”, como llama Mansilla a los misioneros franciscanos que lo acompañan, Marcos Donatti y Moisés Álvarez. Estos ocupan el lugar simbólico de la salvación espiritual de los indígenas, especialmente de las mujeres que se transforman en pobres criaturas que se arrodillan sumisamente ante el cordón de San Francisco que ciñe sus talles. Así como estas figuras aparecen como representantes reconocidos de una salvación espiritual, el personaje del coronel Mansilla aparecería como el representante de la salvación material y corporal de los indios en el reino de una civilización menos excluyente y más comprensiva con su situación.

Hay un punto en el que se verifica un quiebre de la posición comprensiva del enunciador: allí donde a la orgía y la bacanal alcohólica, como gusta llamar Mansilla, se une la orgía sexual. Aquí interviene el juicio moral, que deriva estas conductas al

ámbito de la animalidad, y de lo repugnante. El juicio estético de lo agradable o desagradable deriva en una directa condena moral, y ya no hay un intento de situar en un marco comprensivo estas conductas.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos estaban mezclados y revueltos unos con otros; (...) echando blanca babaza éstos, vomitando aquéllas; sucias y pintadas las caras, chispeantes de lubricidad los ojos de los que aún no había perdido el conocimiento (362).

La diferencia con las situaciones de exceso meramente alcohólico se pueden entender cuando se observa como estas últimas aparecen explicadas, con cierta penetración comprensiva de las motivaciones, en los términos de una costumbre cultural, sujetas a reglas y a pautas rituales. Así con sintaxis lacónica se dirá:

Los indios beben, como todo el mundo, por la boca.
 Pero ellos no beben comiendo.
 Beber es un acto aparte.
 Nada hay para ellos más agradable.
 Por beber posponen todo.
 (....)

Son capaces de beber hasta reventar.
 Beber es olvidar, reír, gozar.
 (...).

El acto está sujeto a ciertas reglas, que se deben observar como todas las reglas humanas. De este modo, la “orgía alcohólica” entra todavía en los marcos de una comprensión cultural y no cae, como la orgía sexual, en el juicio moral reprobatorio.

CONCLUSIONES

El tema de la comida y los gustos atraviesa toda la obra de Mansilla. En definitiva, la referencia a la comida y a los gustos ocupa un lugar estable en su estilo, aunque por el momento queda fuera de nuestro alcance plantear una hipótesis general de este funcionamiento. Si el tema de la comida y los gustos se integra en distintas estrategias textuales, señalamos que las representaciones de las costumbres alimentarias de los indios contribuyen a la construcción de una imagen favorable del indio en cuanto a su capacidad para integrarse a la civilización.

El carácter pedigüño y los estados de ebriedad, aunque tienen perfiles claramente desagradables, sin embargo aparecen comprendidos y justificados. En definitiva, el indio es *víctima* antes que *responsable* de esto. Por lo tanto, este elemento no tuerce, sino que refuerza el argumento de la necesidad de la integración de indio a la civilización.

Como hemos dicho, el azúcar, el tabaco, el vino y el aguardiente representan los placeres de la civilización incorporados por el indio, y constituyen al mismo tiem-

po necesidades que este no puede satisfacer autónomamente a través de un trabajo productivo civilizado. Resulta interesante y sintomático, en el abordaje de Mansilla, que la situación de dependencia y exclusión del indio aparezcan tematizados desde el punto de vista del placer y del gusto. Sucede que éste ve a la civilización como creadora de nuevas necesidades y de nuevos gustos, lo cual, por una parte, constituye un crecimiento exponencial de los artificios y las vanidades humanas pero, al mismo tiempo, se afirman como necesidades vitales en el marco de la cultura en el que se dan.

Los indios muestran aptitudes para incorporar los consumos y los modos adecuados (modales, hábitos) de consumir. Las comparaciones que incesantemente se entablan en el texto tratan de mostrar precisamente esa capacidad autónoma de asimilación, lo mismo que las descripciones de los modales, el uso de utensilios, las formas de servir la comida, el cuidado de su preparación, las reglas de cortesía, etc. El supuesto presente en el texto es que si los indios son aptos para incorporar pautas de consumo civilizadas, también serán aptos para incorporar hábitos de trabajo civilizados. Pero esto último solo puede ser enseñado por la civilización, que en vez de exterminarlos debe integrarlos, terminando la tarea de asimilación cultural.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- MANSILLA, L. V. (1947) *Una excursión a los indios ranqueles*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RAMOS, JULIO (1986) "Entre otros: Una excursión a los indios ranqueles de Lucio V. Mansilla", en *Filología*, 20, 1: 143-171.
- TAINE, H. (1963) *Introducción a la historia de la literatura inglesa*. Buenos Aires: Aguilar.
- VIÑAS, D. (1975) *Literatura argentina y realidad política: el apogeo de la oligarquía*. Buenos Aires: Siglo Veinte.